

BOLETÍN

DE LA

REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA

TOMO CCXVIII



MADRID
TOMO CCXVIII - CUADERNO I
ENERO-ABRIL 2021



† Excmo. Sr. D. Francisco Rodríguez Adrados

DON FRANCISCO RODRÍGUEZ ADRADOS. NECROLOGÍA

Cuando la muerte nos arrebató a alguien que ha sido un maestro para nosotros, siempre me asaltan unos versos lejanos que nunca he logrado encontrar con exactitud, pero de los que guardo desde adolescente su contenido: que su ausencia definitiva fuera para nosotros insustituible, que —aunque sean inevitables— los “heraldos negros” que citaba el gran poeta César Vallejo, anunciando la muerte, ésta no se la merecía. La única dignidad de la muerte es la de la vida que la precede y esa huella es la que nos sirve de ejemplo ante la pérdida de maestros que han sido parte de nuestras vidas. La de Francisco Rodríguez Adrados está en esta categoría para muchos de nosotros. Un maestro en sabiduría, en conocimientos que abarcan un arco de saberes especializados y generales realmente asombroso, pero también un Maestro en el sentido más profundo del término: aquél que ha hecho de esos saberes parte de sí mismo, de la persona que ha aunado de manera ejemplar el rigor de la investigación con la exigencia de una enseñanza siempre viva, de alguien que ha vivido su quehacer diario con la pasión que decía Max Weber distinguía a algunas personas, pues “nada tiene valor para el ser humano en cuanto es humano si no *puede* hacerlo con *pasión*”. La pasión vital y el rigor científico por lo que se hace presidieron sin duda toda la biografía del profesor Adrados.

Forzosamente debo repetirme en este recuerdo final de D. Francisco Rodríguez Adrados. Son varios escritos y presentaciones de libros de D. Francisco los que he ido haciendo a lo largo de los años. Una vinculación intelectual con D. Francisco que arranca desde mis comienzos de profesora ayudante con D. Luis Díez del Corral, mi querido maestro, que siempre me animó a profundizar en el mundo clásico desde la perspectiva de la brillante Historia de las Ideas que él encarnaba. D. Luis me animó a hacer una extensa reseña del libro *La democracia ateniense*, que me había entusiasmado cuando ni siquiera conocía yo a D. Francisco. Esa fue mi primera publicación profesional, editada en 1976 en la revista *Cuadernos Hispanoamericanos*, de la que era director otro de mis grandes maestros, académico también de esta Real Academia, D. José Antonio Maravall Casesnoves (en mi despacho de esta Casa hay una entrañable fotografía de ambos —Díez del Corral y Maravall— conversando en la sala de pastas con sus medallas de académicos, uno de tantos viernes coincidiendo con algún acto especial). Y entre varios escritos y presentaciones públicas de otros libros de D.

Francisco que él me pedía y yo aceptaba siempre gustosa –*El reloj de la historia*–, es especial la contestación a su discurso de ingreso en 2004 en esta Real Academia de la Historia, al que luego me referiré.

Voy a intentar sintetizar por tanto una trayectoria vital y profesional de D. Francisco, siguiendo un esquema en parte cronológico y obligada, como antes decía, a repetir algunos párrafos de otros escritos míos sobre nuestro gran compañero académico y sabio polifacético, además de añadir aspectos y sobre todo lo referido a las obras que, desde que ingresó en esta Academia en 2004 hasta su fallecimiento en 2020, no dejó de profundizar y publicar hasta el final de sus días.

1. DATOS BIOGRÁFICOS Y ESTUDIOS

Nacido en Salamanca en 1922, cursa sus estudios de Bachillerato y, posteriormente, los de Filología Clásica en la prestigiosa Universidad salmantina, en la que se licencia en 1944. Doctorado en la Universidad Complutense. Catedrático del Instituto de Bachillerato Cardenal Cisneros de Madrid (1949). Catedrático de Filología Griega en la Universidad de Barcelona (1951) y de la Complutense de Madrid (1952). Siempre con las mejores notas y máximos honores. Igual que en su vida profesional posterior, la labor intelectual en sí –ya sea de aprendizaje o de la propia escritura, investigación y transmisión de lo aprendido–, supuso siempre para él una alegría y un acicate. Emilio Alarcos le definía, en su contestación al ingreso de Adrados en la Real Academia Española (1990), como de “sabiduría insaciable” ya desde adolescente –ambos eran de Salamanca–, de manera que “aprender para él era solo descubrir que, más allá de lo adquirido, nuevos terrenos ignotos se ofrecían a la avidez del conocimiento”.

Una infancia, adolescencia y primera juventud en su Salamanca natal, en un ambiente familiar ligado a la enseñanza primaria: su padre era profesor de la Escuela de Magisterio y su madre inspectora de primera enseñanza y la primera mujer que logró ser funcionaria en Salamanca; ambos procedentes de la Escuela Superior del Magisterio, en aquella época un centro ilustrado y progresista, unido a los nombres de Ortega, Zaragüeta, Barnés, María de Maeztu, Josefa Segovia, etc., como el propio Adrados nos recuerda en ese apasionante y apasionado libro de defensa de la enseñanza de los clásicos, que subtitó *Casi unas memorias (1944-2002)*. Una Salamanca en la que Adrados tiene como maestros eminentes a Antonio Tovar, José María Ramos Loscertales, Manuel García Blanco, entre otros, procedentes todos ellos del Centro de Estudios Históricos de Madrid. Ambientes intelectuales y personales sumamente enriquecedores y complejos, en unos años de formación que explican muchos de los rasgos de la rica andadura de nuestro académico. Mientras que en el ámbito de los maestros de primaria y secundaria, a los que pertenecía familiarmente, procedía de sectores liberales,

republicanos y progresistas, para los que la educación y el conocimiento eran los pivotes para cualquier vida digna y para la transformación de la sociedad, la España de los primeros cuarenta en que se desenvolvía esa su primera juventud exigía unas rígidas fidelidades políticas, fuera de las cuales era muy difícil el desarrollo profesional futuro. No es, pues, casualidad que Adrados –que tuvo siempre claro como meta el alcanzar una cátedra de griego en la Universidad, para la que estaba sobradamente preparado– fuera primero catedrático de Instituto durante varios años, y sólo en 1952 obtuviera la cátedra de Filología Griega de Madrid. Cátedras de Instituto, por lo demás, de muy difícil acceso: “plazas escasas, copiosos los contrincantes, duros los ejercicios prácticos, desconocido el programa hasta veinte días antes del comienzo de las pruebas –recordaba también Emilio Alarcos en 1991–. Se decía, incluso, que eran catedráticos de Universidad los que no habían sido capaces de conseguir plaza en los Institutos”.

Siempre me gusta recordar esos magníficos Institutos de Enseñanza Media (a cuyo cuerpo de catedráticos también perteneció, como nos citaba Adrados en su discurso, su antecesor, nuestro llorado historiador D. Antonio Domínguez Ortiz). Muchos de nosotros, en mi franja generacional, todavía tuvimos la suerte de disfrutar y adquirir en ellos la vertebración intelectual y mental que proporcionaban a través de una enseñanza racional, rigurosa y abierta de horizontes; tal vez por eso fueron las primeras víctimas de los planes de reforma de enseñanza, en los años setenta y ochenta, a los que tanto combatió el profesor Rodríguez Adrados, como tendremos ocasión de mencionar. El hecho es que el joven Adrados, siempre independiente, humanista, sabio y hombre libre, perteneció a una generación sufridora de una guerra civil y de una división entre ganadores y perdedores, entre los que “la mayor parte del país, si hubiera podido –como escribió él mismo en su libro *Historia de la democracia* (1997, p. 386)–, no habría estado ni con una ni con otra de aquellas dos Españas, tan confusas por lo demás”.

2. SERVICIOS ACADÉMICOS Y CIENTÍFICOS

Apenas licenciado, ese mismo año del 44 e impulsado por Antonio Tovar, Adrados viene a Madrid para cursar el Doctorado en la Universidad Central, único lugar en que podía entonces realizarse. Lee su tesis doctoral en 1946 y la ve publicada en 1948, con el título *Estudios sobre el léxico de las fábulas de Esopo*, un tema –el fabulístico– en el que desde el principio se convierte en referencia obligada nacional e internacionalmente. Al tiempo, está trabajando ya en el Instituto “Antonio de Nebrija”, del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, donde permanecerá largas décadas, y también en la Facultad de Filosofía y Letras (luego de Filología) de la Universidad que es ahora la Complutense. En ella recorre todos los escalones de la docencia: ayudante gratuito, encargado de curso y de adjuntía, adjunto por oposición, por fin catedrático por oposición

de Filología Griega en Madrid desde 1952, como hemos mencionado –después de varios avatares a los que alude con ironía en las citadas *Casi unas memorias*–, hasta su jubilación en 1988, pasando a ser emérito de la misma. De pasada, como se ha dicho, ha obtenido la cátedra de Instituto en 1949 y otra Cátedra de Filología Griega en 1951, en Barcelona, en la que pide la excedencia. Nos cuenta el interesado cómo vivió aquellos años en la “un tanto siniestra Residencia” del Consejo, al tiempo que conocía a “mucha gente importante y de valía”, con la que, “sin saberlo”, intentaban “recomponer el hilo roto de la vida intelectual de España después de la guerra civil. No pertenecíamos –escribe– a los que entonces mandaban, llenos de suficiencia: éramos el estrato más humilde. Pero teníamos ilusión”.

En estas palabras, conmovedoras con el paso del tiempo, está reflejado todo el esfuerzo, tenacidad, inteligencia, de toda una generación en la que reconozco a varios de mis maestros más queridos. Personas dedicadas fundamentalmente a hacer su tarea lo más excelentemente posible, sin buscar éxito inmediato, sino con la entrega de una probidad intelectual que es capaz de desafiar en el día a día, con su trabajo constante, todo tipo de fanatismos, de modas, de coacciones de “lo políticamente correcto” en cada momento. Es evidente que el profesor Rodríguez Adrados es un alto ejemplo de tal integridad y coraje. Y así se lo agradecemos los que nos consideramos discípulos –directos e indirectos– de su alto magisterio.

Esa recomposición del “hilo roto de la vida intelectual de España después de la guerra civil” se traduce en la labor docente e investigadora de D. Francisco. Durante todo ese tiempo, sirva como ejemplo de ello, desarrolló en la Universidad cursos de Lingüística y Literatura Griega, Lingüística Indoeuropea, explicación de textos griegos, lenguas indoeuropeas como el Védico y el Antiguo Iranio. Dirigió más de 60 memorias de Licenciatura y de más una treintena de tesis doctorales. Muchos de estos discípulos fueron luego catedráticos y titulares de Universidad repartidos por toda la geografía española, profesores de Enseñanzas Medias, profesores de Investigación e Investigadores Científicos del CSIC, etc. Ellos y, a su vez, sus discípulos ocupan una parte muy importante de la enseñanza de las lenguas clásicas y de otras enseñanzas en España. Y durante mucho tiempo, el área de Clásicos en España tuvo una relevancia internacional brillante, hasta que los planes sucesivos de Educación, ya en la democracia, acabaron reduciéndola en cantidad si bien nunca pudieron apagar su calidad hasta nuestros días.

Tuvo especial relevancia la dirección de D. Francisco, a partir de 1962, del *Diccionario Griego-Español*, publicado con la ayuda económica del DGICYT, con un equipo de más de veinte personas formado por personal científico del CSIC, personal de Universidades e Institutos de Enseñanza Media contratados, becarios, etc., continuamente renovado y puesto al día, en contacto con toda clase de instituciones extranjeras, entre ellas el *Thesaurus Linguae Graecae de Irvine (California)*. Una obra fundamental a nivel mundial en su especialidad.

Nunca desempeñó cargos directivos en la Universidad, fuera de la investigación de carácter académico.

3. PUBLICACIONES CIENTÍFICAS

¿Cómo sintetizar esta felizmente larga vida de trabajo infatigable? Pues la capacidad de trabajo del profesor Adrados es de tal amplitud que desafía la posibilidad de resumir su obra en estas páginas recordatorias. En su expediente en esta Academia quedan archivados los impresionantes *curricula* que su hijo Juan hizo en el 2000, y luego, cronológicamente en 2020, al morir su padre. Ahí consta para todos el detalle de su gran obra.

Más de una decena de apartados temáticos interrelacionados quedan registrados minuciosamente en su prolífica y rigurosa obra:

- Lexicografía.
- Ediciones y traducciones (griego y sánscrito).
- Pensamiento griego e Historia de las Ideas.
- Literatura griega: (Lírica, Comedia, Tragedia).
- Lingüística griega, lingüística indoeuropea.
- Lingüística general.
- Temas españoles y europeos (Lengua y literatura de la España medieval y moderna. Vinculaciones con la cultura y civilización griega. Traducciones árabes y de griegos).
- Obras de tema didáctico.

En realidad, al ver su currículum completo, con más de treinta libros y de un millar de publicaciones, que abarcan desde varios sectores altamente especializados de lingüística —la griega por supuesto, pero también la indoeuropea y la lingüística general—, sánscrito y cultura india, lexicografía (y semántica) griega, hasta cubrir prácticamente todos los campos de la filología griega en general: literatura, historia, filosofía, lírica y teatro griego, historia de las ideas —tanto del mundo clásico como de la cultura occidental—; un amplio territorio al que, siguiendo sus propias palabras, podrían añadirse más cosas: “investigaciones diversas sobre crítica textual, religión griega, presocráticos, transmisión de textos, novela antigua, influjo de los griegos en nuestro pensamiento y literatura” (*Autobiografía científica*. Anthropos, 1984), etc.; y todo ello con una calidad superior y una escritura que sabe aunar el dato riguroso del investigador con la síntesis y capacidad de abstracción que se plasma en unos textos tersos y brillantes. Es realmente asombrosa su capacidad de trabajo y su labor titánica.

Pero no quisiera dejar de recordar, de entre sus publicaciones, algunos hitos por los que es ampliamente reconocido nacional e internacionalmente: Su

Introducción a la Lexicografía griega (1977, de interés general y no sólo para el griego); el *Diccionario Griego-Español*, ya mencionado; sus importantes textos sobre lingüística indoeuropea *Estudios sobre las larinales indoeuropeas* (1961 y otras ediciones posteriores), *Evolución y estructura del Verbo Indoeuropeo* (también varias ediciones), entre otros, que han dejado abiertos amplios debates especializados; también sus *Estudios de Lingüística General* (varias ediciones), y su *Lingüística estructural* (1969), síntesis desde una perspectiva moderada y realista del estructuralismo que arrasaba en aquellos momentos; ya se han mencionado sus estudios sobre la fabulística, verdadera autoridad en tal campo, culminada con su *Historia de la Fábula greco-latina*, en tres volúmenes (1979-87), que supone una renovación en la historia del género desde Sumeria al Renacimiento; son también ampliamente conocidos sus libros sobre *Fiesta, Comedia y Tragedia, Orígenes de la Lírica griega, El mundo de la Lírica griega*, todos ellos con varias ediciones y traducciones a otras lenguas, así como *El cuento erótico griego, latino e indio* (1994). Dejo sin mencionar, para no cansarles, otros muchos títulos que, en todos estos campos, han hecho del profesor Adrados una referencia indiscutible. Él mismo ha expuesto en su citada *Autobiografía científica* (Anthropos, 1984), cómo la investigación de unas materias le llevaba a otras casi de forma natural, por esa insaciable avidez de conocimiento —añadiríamos nosotros— de la que hablaba su amigo salmantino. Sin pretender, según sus propias palabras, dar con carácter absoluto un contenido unitario a toda su extensa obra publicada, sí hay en ella —además, añadiríamos de nuevo por nuestra parte, del rigor investigador y de la pasión renacentista por ahondar en el saber—, “una serie de líneas o tendencias que la atraviesan” y, entre ellas, “el intento de relacionar campos y culturas aparentemente alejados”.

4. HISTORIOGRAFÍA

Querría destacar aquí algunos de los temas que atañen muy directamente a la historia de España y del mundo occidental:

- La democracia y
- La unidad europea, a la que pertenece la cultura e historia de España y su extensión civilizadora a América y resto del mundo.

a) *La democracia y Grecia*

Quizás su libro más conocido haya sido en esta área al excelente *Ilustración y Política en la Grecia clásica* (1964, reeditado varias veces con el título de *La democracia ateniense*), en el que ha descrito la historia ideológica de la democracia ateniense y su conexión con factores sociales y con una historia de los hechos

o de los acontecimientos propiamente históricos de los que no se puede desconectar el estudio del pensamiento de poetas y filósofos. La relación entre las ideas y la historia política de la Grecia arcaica y la Atenas clásica, entre pensamiento y realidad, constituye una brillantísima aportación a la historia de las ideas y de la cultura occidental. Es una historia, como él mismo ha dicho alguna vez, tanto del racionalismo griego como del movimiento liberal griego, el movimiento sofista, en su choque con la práctica. Sócrates y Platón son analizados a la luz de estos procesos y de las reacciones desencadenadas. Bellísimo e instructivo libro.

A éste habría que añadir especialmente su *Historia de la democracia. De Solón a nuestros días* (1997). Como toda persona libre interiormente, Adrados ha sido siempre valiente y no teme nunca romper con clichés, estereotipos, lugares comunes, tópicos “políticamente correctos”. Y precisamente porque es libre exige *mesura*. Tan griego como sus amados atenienses, en su vida y en una importante parte de su obra, y en especial en esta que comentamos. Destaca siempre la necesidad de *medida*, de *orden* basado en la *conciliación* y en el *consenso*, basado en el *mundo de lo posible*, el mundo de la realidad y no de la utopía. Precioso libro esta historia de la democracia, en el que tuve el honor de compartir su presentación ante los medios, y en el que Adrados ha trazado magistralmente los avatares de un sistema que, como “eterna tela de Penélope”, reaparece en nuestra cultura occidental hasta convertirse hoy en el único modelo pensable. Único o el menos malo modelo pensable, no porque sea panacea que pueda resolverlo todo, que no lo es, sino por lo que puede mitigar conflictos y mejorarse continuamente. Un libro que debería ser de lectura obligatoria para todo ciudadano. Pues la esencia de la democracia, inventada por aquellos griegos del siglo V a.C., radica en un *procedimiento*, en un *método*, que se ha revelado el más eficaz para intentar encauzar el conflicto; un conflicto siempre presente en la historia humana, en cuanto el cambio en las sociedades, incluso en las que parecen más tradicionales, que es imparable, de la misma manera que resulta imparable la búsqueda de libertad de los humanos, la necesidad de libertad de los individuos, a través a veces de resquicios mínimos en los intersticios de regímenes que se pretenden totales. Un precioso canto a la libertad, cuyo precio —señala lúcidamente Adrados— es siempre un cierto desorden, ante el que no hay que asustarse si las instituciones están bien asentadas. Pues democracia significa crisis, planteamiento de problemas nuevos, enfrentamiento y apertura a cambios que desatan mecanismos psicológicos y sociales de esperanza y de mejora de los individuos. En la línea de los clásicos griegos, Adrados repite una y otra vez su enseñanza profunda: el que la vida no es fácil, la “dureza de las cosas”, el “peligro del mundo”, están siempre ahí; la tragedia como conflicto de lo verdadero con lo verdadero, según la lúcida definición de Isaiah Berlin, acecha la vida de los humanos. Pero, como en los clásicos, la certeza trágica no paraliza la acción. El hombre más fuerte que el destino —más fuerte que ese destino fugaz y mortal

que le asignaron los dioses—, es un legado clásico siempre presente. La vida es dura, indudablemente, dura pero hermosa, decía otro clásico de nuestro tiempo. Adrados comparte ese diagnóstico y, al estilo clásico, de su obra se desprende ese sentido que Nietzsche llamaba “pesimismo enérgico”; es decir, ni optimismo ni pesimismo, sino la lucidez de saber que se elige, se toman opciones y siempre se deja algo fuera, pues nada es absoluto. Para ese “pesimismo enérgico” se necesita valentía; para seguir actuando “como si”, para saber relativizar sin por eso dejar de actuar, para saber que hay que rectificar cuando la dureza de la realidad nos indica nuestro error; para todo ello los griegos nos legaron ese sentido de la realidad que también Nietzsche resumía al decir que fue el único pueblo en el que “el conocimiento no paralizaba la acción”. El conocimiento de la fugacidad de las cosas, de la mortalidad humana, capaz de mirar la realidad cara a cara y seguir actuando “como si”. Capaz al tiempo de *piEDAD*, de saber entender las razones del otro, pues en el mundo clásico no existe ningún maniqueísmo de buenos y malos integrales, sino la constatación que hace el coro sofocleo de que “injuriar es fácil, pero juzgar es difícil”.

Este importante libro del profesor Adrados es obra de historia del pensamiento y de reflexión personal. La democracia es para él esa posibilidad de vivir juntos en medio del choque de intereses y personalidades diferentes, pero conciliados; es el invento o artefacto político que, hasta ahora, mejor corresponde al impulso de la naturaleza humana hacia la libertad. Por eso hay que preservarla. Nuestra democracia actual difiere de la antigua, pero siempre, antes y ahora, se basa en un pacto o conciliación que, después de la revolución consiguiente, establece unas reglas de juego sobre las que pivotar los cambios sin peligro de desintegración del sistema. No cabe algo más actual.

Provisto de un fino sentido histórico, como no podía ser menos en tan insigne helenista e indoeuropeísta, Adrados dedica la segunda parte de esa historia de la democracia a un recorrido por sus avatares en la historia contemporánea occidental, en cuyo contexto cobra sentido la propia de España, con un análisis y unas reflexiones que sentimos muy próximas.

b) La democracia y la literatura poética y sapiencial

No es, naturalmente, este libro su única incursión directa en la investigación historiográfica. Pues aparte de que toda su obra, incluso la más especializada, como él mismo explicó en su discurso de ingreso en esta Academia, está enmarcada siempre en una contextualidad histórica explícitamente tenida en cuenta ya desde muy tempranamente. En 1946, precisamente sobre “la fides ibérica”, nuestro académico publicó una serie de trabajos de primera línea sobre historia y pensamiento que, aunque sea muy brevemente, es oportuno resaltar en este día. En esa misma línea de interrelación de historia de las ideas con historia política y

social, siguió profundizando en otros textos: Entre ellos *Sociedad, amor y poesía en la Grecia antigua* (1995), *Democracia y literatura en la Atenas clásica* (1997), el apasionante texto de *Modelos griegos de la sabiduría castellana y europea* (2001 y 2006), con el subtítulo de *Literatura sapiencial en Grecia y la Edad Media*; una delicia y una joya. Y también una larga serie de artículos y escritos sobre la Ciencia griega, Heráclito, Sócrates, Esquilo, la “Antígona” de Sófocles, Platón, el amor en Grecia, el héroe trágico, etc., muchos de ellos recogidos en el libro *Palabras e ideas* (1992), así como sus magníficas traducciones e introducciones de Tucídides (hay que recordar que, hasta la de Adrados, sólo existía traducción en español realizada por Diego Gracián, el secretario de Carlos V) y de los poetas trágicos, que se han convertido en canónicas.

Esta ambición intelectual y su logro en libros y monografías, como decía, de obligada referencia, parte siempre en Adrados de esa fuente inagotable que es la cultura clásica griega y también luego de la latina. Viene a cuento recordar que, en este mismo momento histórico del siglo XXI, las dos grandes aportaciones del mundo occidental, democracia y ciencia, proceden ambas de los griegos. “Con la excepción de las ciegas fuerzas de la naturaleza –decía Whitehead– todo lo que se mueve en el mundo moderno es de origen griego”. Nos enseñaron a pensar, pero también a sentir, de manera que, como saben ustedes, en el entusiasmo decimonónico por lo griego se llegó a afirmar que la filosofía occidental no era más que una apostilla a Platón y Aristóteles, y que toda nuestra tradición épica, el teatro en verso, nuestra oda, nuestras elegías, la poesía pastoril..., todo ello no era en definitiva más que notas al pie de página de Homero, Píndaro o de los trágicos griegos. Sin llegar a extremos absolutos, a mí no me cuesta compartir una parte sustancial de estas afirmaciones. Y creo que el profesor Adrados estaría también de acuerdo, aun con todos los matices oportunos. Su obra y su lucha titánica por la cultura y las lenguas clásicas así lo atestiguan.

c) *¿Qué es Europa? ¿Qué es España?*

Es indispensable en este apartado referirse también al excelente discurso de ingreso en nuestra Academia, *¿Qué es Europa? ¿Qué es España?* (2004). En el que encontramos, entre otras cosas, esos matices fundamentales sobre las herencias de las que es deudora la cultura occidental. No sólo por supuesto la griega, aunque siga siendo muy principal, sino también la romana o latina y, claro está, el cristianismo –el crisol cultural en el que madura la Europa medieval como Cristiandad–. Varios componentes que, como capas geológicas, permanecen en el sustrato occidental y evolucionan y se transforman más o menos aceleradamente a partir de los siglos XVI y XVII. Ese “conglomerado heredado”, por emplear el término de Dodds, que forman nuestra concepción y percepción de la realidad y nuestras identidades personales y colectivas, es uno de los ejes que

Adrados va analizando en su discurso, al estudiar los cierres y aperturas que caracterizan la asimilación del racionalismo y laicismo griego en la complejidad de nuestra cultura. No hay progresos lineales nunca, sino caminos en zigzags, métodos prueba-error en el mejor de los casos, incertidumbres y consecuencias no intencionadas de la acción que nos destruyen a veces nuestros propios deseos e intereses. Y en esa historia apasionante que es Europa, cuyo propio nombre puede ser a la vez geográfico y mítico y también cultural, pero sólo ahora intenta ser asimismo unidad política; en esa historia, desde el comienzo, está desde siempre España, “desde que se inventó Europa”, nos dice Adrados. Una España que, al contrario de Europa, se ha definido desde hace siglos como unidad política y a la que Adrados dedica la segunda parte de su discurso. Europa no existiría sin la Cristiandad, “conjugada con el mundo greco-latino”, pero tampoco se entendería lo que es sin ese aspecto fundamental de *verterse* al mundo en ese momento decisivo de descubrimientos y conquistas, en el que España tuvo un papel principal. Pues Adrados, que en numerosas ocasiones, y por motivos diferentes, ha zaherido irónicamente el lamentable complejo de inferioridad y la papanatería que afecta a muchos sectores de la *inteligencia* española en su relación con el mundo europeo u occidental, entronca con su ilustre predecesor en esta Casa, D. Antonio Domínguez Ortiz y con buena parte de los aquí presentes, para defender e insistir en esa apertura que significó el descubrimiento y civilización del continente americano. “Dentro de Europa –nos dice Adrados– España es una de sus grandes naciones: el Concilio de Constanza, en 1414-18 la colocó entre ellas. Se considera como una unidad, aunque desde el siglo XII, cuando dejó de hablarse del ‘imperio’ de los reyes de León, se hablaba tópicamente de los ‘cinco reinos’ de España [...] Luego, culminando un proceso de unificaciones graduales, con los Reyes Católicos, como es bien sabido, España volvió a ser una unidad”.

Varios mitos y tópicos quedan desmenuzados en estas páginas al tratar de estereotipos sobre las famosas “tres culturas” y sobre el fracaso supuesto como nación de España. “Europa y España –concluye Adrados– son lo mismo y son diferentes, se han creado trabajosamente, han crecido y sufrido trabajosamente. Sin Europa difícilmente habría España, sin España Europa habría sido mucho menos de lo que es. No las confundamos pues. No las separemos. Porque marchamos juntos en la aventura de un nuevo mundo”. Merece la pena leerlo despacio en casa. Además de una excelente y apasionante lección de historia sobre la formación de nuestra cultura y de las ideas y valores europeos, del propio léxico sobre el que se han levantado los nombres y los conceptos fundamentales, la oportunidad del momento que vivimos en España y en Europa hace de este discurso un paradigma de la necesidad de no simplificar ni tergiversar la historia pasada ni el presente real, a fin de que podamos seguir construyendo un futuro.

En parecida estela había que citar otras publicaciones seminales de D. Francisco. No solo la citada de 1946, sino por ejemplo el impresionante volumen

del libro *El reloj de la Historia. Homo sapiens, Grecia Antigua y Mundo Moderno* (2006). Son 847 páginas, que tuve también el honor de presentar en 2007, en las que D. Francisco vuelve al análisis de la historia de Europa y de España, al tiempo que desmenuza las de los países occidentales principales: Inglaterra, Francia, Estados Unidos. Una obra imprescindible de historia comparada, en la que además abre con una primera parte de *Teoría general de la Historia*. Una historia monumental del mundo, que, sin necesidad de explicitarlo, despliega una realidad histórica que implica que una historia del mundo no puede explicarse sin la decisiva intervención de la historia de España. Y, por supuesto, de la gran civilización griega.

También en esta línea de comparatismo profundo, otra de sus imprescindibles obras, desde la perspectiva de la literatura –literatura e historia como diferentes pero complementarias y necesarias ambas– es la preciosa edición de *El río de la literatura. De Sumeria y Homero a Shakespeare y Cervantes* (2013), dedicada a su hijo Juan Rodríguez Somolinos. Es un texto deslumbrante, en el que –en poco más de 600 páginas–, recorre la historia del mundo como promete en su título y nos deja a los lectores maravillados y enriquecidos de conocimientos y vivencias a través de sus personajes.

Y no quisiera acabar este epígrafe sin aludir al último regalo que nos dejó ya en sus últimos momentos y que nos ha llegado póstumamente: su edición y traducción de *Los nueve libros de Historia, (Libros I-IV)* de Heródoto, en colaboración con Pedro Redondo Reyes. (Madrid: Centro de Estudios Políticos y constitucionales, 2020, colección Clásicos políticos). Una especie de testamento que nos deja como último recuerdo.

5. A MODO DE RESUMEN

Al sumar a ese currículum las múltiples actividades que, siempre relacionadas con su trabajo científico, ha sido capaz de desarrollar el profesor Adrados, desde ser presidente y motor de importantes sociedades científicas, revistas especializadas y grupos de trabajo, a la larga y durísima lucha de defensa de las Humanidades contras las sucesivas reformas de educación que hemos padecido en menos de cuarenta años; al leer la minuciosidad de esas luchas, que ha descrito con claridad implacable; al conocer los innumerables congresos, conferencias, artículos en revistas y periódicos recogidos varios en libros como *De historia Política y Social (1990-2014)* o *De nuestras lenguas y nuestras letras* (Visor, 2003); los viajes arqueológicos por él organizados año tras año, viajes continuos por Europa, América y Asia, con discípulos y amigos, viajes convertidos en iconos de conocimiento y sabiduría (siempre recordaré a D. Francisco con su gran maleta que le tocó abrir con ayuda de los que le acompañábamos en la “lotería” aduanera argentina, al volver de uno de los Congresos de ASALE y la RAE.

Momentos entrañables vividos, disfrutando de su sabiduría e ironía inteligente, además de su genio fuerte en determinadas ocasiones).

Todavía más: las tesis doctorales dirigidas; la cantidad de traducciones y ediciones excelentes que ha hecho de los clásicos, ya mencionadas, las obras de teatro griego que ha impulsado, las tareas distintas de clases y seminarios en la Universidad, en el Consejo, en las instituciones a las que ha pertenecido y pertenece...; al ver toda esta vida de este gran académico que hasta el último momento ha tenido el entusiasmo cognoscitivo y el rigor desplegado en un bellissimo caleidoscopio de saberes y acción incansable en pro de sus clásicos, no he podido por menos de sentir que el profesor Rodríguez Adrados tiene la potencia de una fuerza de la naturaleza. “Resistente y consistente”, dice de sí mismo en algún lugar. No cabe duda, pues en el fondo, aunque él registre en sus “casi” memorias algunas de las desgarraduras de esa intensa vida, ha ganado ampliamente en lo que es más decisivo: permanecer libre e independiente y dedicarse siempre a aquello que ha amado más que nada, el propio conocimiento. Y ello no le ha impedido, por supuesto, formar a su alrededor una familia –numerosa, según indica en algún momento de sus casi memorias– y crear una amplia y espléndida escuela de discípulos, ex alumnos y lectores y admiradores intelectuales. No me parece que se pueda pedir más y mejor.

En su currículum figuran con detenimiento los numerosos premios y distinciones nacionales e internacionales en reconocimiento a su gran labor. Ocupan dos folios enteros.

Como colofón solo recordar que en el campo de la ciencia –decía también Max Weber– sólo tiene *personalidad* quien está pura y *simplemente al servicio de la causa*. Rodríguez Adrados ha dedicado su vida a esa causa. Nunca ha querido dar salto alguno a puestos rectores, con la modesta excepción de haber sido jefe de estudios en el Instituto del Cardenal Cisneros; ha rehuído –nos dice él mismo– la política “sin dejar por ello de pensar sobre la política y de tomar a veces decisiones”; ha asumido compromisos científicos que le han llevado a serios enfrentamientos con las autoridades políticas de turno cuando la defensa de los estudios clásicos chocaba de frente con los intereses a corto plazo que los ministerios propugnaban; como presidente reelegido en seis ocasiones de la Sociedad de Estudios Clásicos, o como catedrático y académico de a pie, se ha batido contra todo lo que ha considerado un deterioro de la educación y una agresión a la formación de los españoles en la enseñanza secundaria y universitaria. Ha sido el tábano que ha pinchado siempre contra cualquier rendición ante la injusticia y la arbitrariedad, defendiendo a compañeros y alumnos en momentos difíciles. Y también ha sido capaz de seguir traduciendo a Esquilo, y no lanzarse al calor de una manifestación masiva, aun cuando ésta tuviera para él causas justificadas –aquella famosa de 1965–, pues como él mismo lo cuenta y justifica, decidió desde siempre colocar por encima de todo su trabajo que no quería ni

podía interrumpir. Quizás aferrado a lo que –de nuevo Weber en *El político y el científico*– aconsejaba: “dentro de las aulas no existe ninguna virtud fuera de la simple probidad intelectual”. Esa feroz independencia que le ha privado, como él dice, de “muchas facilidades” y le ha creado indudablemente problemas, sería –como en un momento entrañable me dijo a mí Díez del Corral– una gran debilidad, pero también una gran fuerza. La fuerza de la libertad.

Y último epitafio: decía Cicerón que la vejez firma el último acto de una representación de nuestra vida y en esa última representación había que haber evitado la fatiga y mantener la dignidad de una vida. Como le traducía hace poco el novelista Rafael Chirbes, evitar la “saciedad”, evitar sentirse satisfecho del deseo de lo que más importa (en este caso el conocimiento), seguir manteniendo hasta el final la tensión, “mantener el texto de nuestra vida hasta el final: saber morir bien”.

Todavía quedan en prensa varios artículos y escritos de D. Francisco. No cabe epitafio mayor.

Muchas gracias

CARMEN IGLESIAS

Directora de la Real Academia de la Historia